

El café (al-Maqhà): ámbito de poesía

Rosa-Isabel Martínez Lillo

Universidad Autónoma de Madrid

Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales

28049 Madrid. Spain

Unas palabras previas

Me siento a escribir sobre el café y, antes que recordar poemas y poetas, me llegan a la mente mil y una experiencias. Son mis propias vivencias en los cafés, los cafetines, de los países árabes recorridos. Los mil y un cafés donde compartí charlas y silencios, los mil y un cafés de compañía y soledad.

Los mil cafés árabes: el Fišāwī de El Cairo, el Nawfara y el Hābānā de Damasco, el café donde sempiternamente suena la voz de la Estrella de Oriente (Umm Kultūm) en la Goulette (Halaq al-Wadī) de Túnez, el café frente al mar de Tartus, el azul y blanco de Sidī Bū Sa'īd... Mas también hay uno, pequeño, con su terracita correspondiente, con su césped artificial regado mañana y tarde por Mustafá. Se trata del Nevín. Café a donde acuden los estudiantes de la Universidad de Ammán más que los poetas, café de intercambio de apuntes más que de recitaciones de poemas.

Al café Nevín acudí alguna tarde, tras las sólidas y compactas clases de la Universidad, acompañada de Dolors. Alguna tarde solamente, pues Dolors gustaba más de los largos paseos en soledad, de las reflexiones personales, del estudio persistente en que a la persona que lo realiza sólo acompaña un libro o un periódico entre cuatro paredes. Siempre me asombró de ella, en los veranos que compartimos en Ammán, su *iytihād*, su esfuerzo sin par en pos del saber, esfuerzo que, entre otras cosas, quedó bien patente en el árabe tan puro que hablaba.

Con Dolors, recuerdo, acudí alguna tarde al café Nevín. Algo conversamos sobre poesía árabe y uno de sus máximos representantes: el palestino Mahmud Darwis. Acaso si la vida de Dolors no se hubiese visto truncada tan pronto algo más hubiera escrito de este poeta; de este poeta al que quizá se sintiera vinculada especialmente, pues ambos compartían el mismo espacio de pasado y presente: el Mediterráneo.

Con Dolors en el café Nevín...

A ella le dedico aquí y ahora este pequeño trabajo sobre el café como medio idóneo en donde el poeta encuentra su propio hábitat de relación con el exterior y el interior. El café como ámbito de apertura y de intromisión; ámbito de reflexiones, pasiones, sensaciones que el poeta nos transmite con su poesía y que quizá Dolors nos transmitiera con su mirada.

El café: espacio del poeta

El café es, en verdad, uno de los espacios por excelencia del poeta árabe, más aun, de todo poeta mediterráneo.

Con este pequeño estudio, a manera de aproximación al extenso y profundo tema, meramente deseamos sacar a la luz algunas meditaciones al respecto, meditaciones traídas de la mano de la vivencia personal y de las propias obras, de los poemas. De tal modo, para comenzar exponemos ciertas cuestiones teóricas al respecto y, finalmente, incluimos las traducciones de tres poemas de poetas árabes actuales.

Acerquémonos, entonces, al mundo del café desde una perspectiva primeramente teórica.

El café, como veremos también más adelante, no se va a quedar en mero lugar de reunión, de tertulia, donde el poeta, además de saborear una aromatizada bebida converse, se relacione y charle con colegas y amigos, sino que va a ir más allá: el café será el lugar idóneo en donde este poeta, y acaso contrariamente a lo que podría parecer en un primer momento, viaje hacia él mismo. De tal modo que dicho ámbito, el del café, aun siendo en principio lugar de relación y apertura, se va a convertir, en definitiva y sustancialmente, en lugar de reflexión e intromisión.

Hagamos una breve introducción a lo que supone el medio en sí, el lugar, en la geografía más genuinamente mediterránea.

A tal respecto apunta el profesor Aymard en el conocido libro sobre el Mediterráneo de Ferdinand Braudel: «Pero basta siempre, en la menor aldea, con un espacio restringido cerca de la iglesia o de la alcaldía, con un café, algunos árboles y un poco de sombra para que los hombres se reúnan y hagan vivir la plaza».¹ En efecto, el café, como decíamos, será uno de los espacios de reunión e intercambio de opiniones, sensaciones, etc. típico en nuestro Mediterráneo. Y a él va a acudir la persona, el hombre particularmente, y en contraste con el ámbito femenino de la casa, para, de alguna manera, realizarse como tal fuera de su lugar laboral: «El tiempo de la ciudad puede así imponer su ritmo propio, que no el del trabajo, monótono y regular, sino el discontinuo del silencio y de la palabra, de las largas discusiones que preparan toda decisión, acompañan a todo asunto, comentan todo acontecimiento. El del paseo o la *passeggiata*. El del “ouzo” lentamente saboreado: no se entra en el café para beber, sino para ocupar su puesto en una sociedad de hombres».²

El café, por lo tanto, será ese centro de reunión regido por el ocio, mas un ocio trascendente, digamos, en donde la opinión ocupa un puesto preponderante. La opinión reflexiva interceptada, en muchas ocasiones, por los sentimientos, las pasiones. Va a englobar, en definitiva, todo lo que forma parte de lo más íntimo y profundo del ser humano. Se va a proclamar centro de catarsis, en algún modo, de «desalojo» y acumulación. De tal modo que, desde una perspectiva un tanto decimonónica o romántica y siempre bella y fina, se pueden percibir de la manera en que

1. Braudel. *El Mediterráneo*. Espasa Calpe, Madrid (p. 153).

2. Ídem, p. 154.

lo hacía José María Bermejo para la revista *Paisajes* refiriéndose, particularmente, a los cafés de El Cairo: «Todo es posible en los cafés de El Cairo. Nostalgia y proyecto, deseo y olvido, efusión y ensimismamiento, agitación y quietud conviven sin estridencia, en un suave transcurrir. A veces, el tiempo sucesivo, que va marcando fuera el curso de los astros y la modulación de la luz, se arroja mansamente en estos rompeolas de la eternidad. Es aquí donde puede saborearse, en su mágica plenitud, la sensación de un presente eterno. Es aquí donde el célebre verso de Paul Éluard encuentra su razón y su pleno sentido: «*Nada más que vivir y ver vivir*».³

Desde una óptica acaso más realista describe los cafés cairotas Gamal al-Gītānī, autor sobradamente reconocido en los ámbitos culturales árabes y a quien podríamos considerar discípulo directo del premio Nobel egipcio, Naguīb Mahfūz. Nos dice al-Gitani, gran conocedor de la historia del Egipto y su legado cultural, en un delicioso capítulo titulado precisamente «Los cafés de El Cairo», perteneciente a su libro *Trazos de El Cairo durante mil años* («Malāmiḥ al-Qāhira fī-alf sana»): «Los cafés del El Cairo son mundo sin par de elementos entremezclados que contiene trazos humanos generales pero también sus características muy particulares. En los cafés de El Cairo la gente se sienta en mesas colindantes, intercambian confidencias, hechos y pasiones humanas, hablan de asuntos económicos, de cuestiones vitales, cierran tratos, mas también hay quien se queda ensimismado, quien se sienta contemplando largamente el vacío y acaso en un intento por superar su soledad hable con el vecino desconocido. Tal vez comience entonces entre ambos una fuerte relación que dure toda la vida o tal vez sólo dure lo que dure ese encuentro».⁴

Seguramente la mayoría de los poetas van a pertenecer a este último grupo, al grupo, llamémosle, de los solitarios. Solitarios que, aunque de vez en cuando charlen y dialoguen con compañeros, o con los vecinos desconocidos, no acudan al café, esencial y principalmente, sino para sumergirse en sus propias realidades, para reflexionar sobre sus mundos más profundos, para sobrepasar el umbral del aquí y el ahora y marchar por sus adentros.

Rara vez el poeta se llega al café acompañado. Es cierto que, una vez allí, saluda, comenta, ríe, charla... mas pasado un tiempo, tarde o temprano, su realidad queda cercada por la soledad. Soledad profunda, soledad que, seguramente, no va a dejar de ser solidaria. Mas soledad al fin y al cabo en la que, con la que el poeta se siente, ¡cómo no! solo en esos instantes, pero no por ello inseguro, desprovisto de todo. Bien al contrario, creemos, precisamente que va a ser aquella soledad la que le proporcione al poeta, a pesar de todo, su fuerza última, su conciencia y consciencia más definitiva, duradera y potente: ese *damir*, ese fuero interno que llevamos todos y que precisamente el poeta, mejor que nadie, lo sienta más lúcidamente que nunca acompañado tan sólo, ¿tan sólo?, por una humeante y vivificante taza de café, llave que abrirá la puerta de su yo exterior para pasar a su yo interior. Una

3. José María Bermejo: «Cafés de El Cairo, el lento discurrir del tiempo», en *Paisajes, desde el tren*, mayo, 1999, Madrid, p. 52. La fotos del artículo son de Josef Polleross.

4. Gamal al-Gitani: *Malamiḥ al-Qahira fī-alf sana* («Trazos de El Cairo durante mil años»), Kitāb al-hilal, n. 393, septiembre 1983, El Cairo, p. 7.

taza de café a la que tal vez acompañe también un cigarro entre los dedos o un narguile entre las manos, cigarro o narguile que acabarán, desde mismo modo entre sus labios. Taza de café cuyo espíritu describe sorprendentemente el poeta palestino Maḥmūd Darwīš en el siguiente fragmento perteneciente a su hermosísimo y duro libro titulado *Memoria para el olvido*, ambientado en una de las ciudades mediterráneas por excelencia: Beirut. Oigamos las poéticas palabras de Darwis al respecto: «Quiero sentir el aroma del café. Quiero cinco minutos. Quiero una tregua de cinco minutos para el café. Esta fijación me ha proporcionado un objetivo. Mis sentidos han saltado ansiosos, se han estirado sedientos hacia una sola meta: el café...

El café, para los adictos como yo, es la clave del día.

El café, para quien lo conoce como yo, es prepararlo uno con sus manos, no que te lo traigan en una bandeja. Porque quien trae la bandeja trae también las palabras, y las palabras ensucian el primer café. El café es la virgen de las mañanas silenciosas. La madrugada, mi madrugada, detesta las palabras: el café embebe los sonidos —aunque sean sólo los de unos buenos días—, y su fragancia acaba ajada...

Por eso el café es el silencio de la mañana, ese silencio primero, sosegado; ese silencio único en que te detienes frente al agua elegida por ti en retirada pereza y paz renacida con tu alma y con el mundo; agua que viertes despacio, muy despacio, en un recipiente de cobre oscuro, pequeño, de misteriosos destellos. Lo pones entonces a fuego lento... ¡Ay, si fueran unas buenas ascuas!...

... Porque el café, la primera taza de café, es el espejo de la mano. Y la mano que lo prepara revela el carácter del alma que le infunde el movimiento. Porque el café es la lectura pública del libro abierto del alma, hechicero que saca a la luz los arcanos que traerá consigo la jornada».⁵

Aunque el ámbito espacial de nuestro café, como lugar, no sea el mismo que describe aquí Darwīš, el proceso a la hora de beber la taza de café va ser muy similar. Los arcanos que descubra el poeta no serán, desde luego, los de la jornada, sino unos mucho más íntimos: los arcanos de sus entrañas.

Y es que, como ya apuntábamos más arriba, aun siendo el café lugar de reunión y, aparentemente, de apertura, en la dimensión poética no va a ser sino lugar de intromisión y de viaje hacia el interior. Lugar en que el poeta sueñe, reflexione, navegue, en definitiva, por sus rincones más oscuros y personales.

Para ilustrarlo hemos traído a colación dos poemas ambientados precisamente en el café: el extenso poema del egipcio Ṣalāḥ ʿAbd al-Ṣabūr titulado «Charla en un café» y el poema del libanés Muhammad ʿAlī Ṣams al-Dīn titulado «Café sobre el Mar Muerto» y, como colofón, el poemita del tunecino Sūf ʿAbīd titulado «El café».

5. Mahmud Darwish: *Memoria para el olvido*, Trad. Manuel C. Ferial García. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 1997, p. 13-15.

«Charla en un café», de Şalāh ʿAbd al-Şabūr

Me separo de mi rincón en la puerta del café cuando me sorprende el sol.

Me separo de mi ventana cuando me sorprende el frío de la noche.

Unas veces sonrío con los dientes

y otras veces respiro con los labios.

Y todos los anocheceres, al dormir, se me repite el mismo sueño:

en él estoy colgado de una cuerda, curvado por el centro,

tendido ante el montón de negros edificios.

Me llega a los oídos un disparo

que en torno mío se agita igual que un moscardón;

mi cuerpo lacerado cae al abismo,

un instante aletea

y luego lentamente me sumerjo en la hondonada del universo abierto.

Temo entonces que me cojan a la fuerza

al alcanzar el polvo de la tierra flácida,

para vaciarme los intestinos y dejarme colgado en un museo.

Y sigo aleteando...

La sociedad me estruja en las horas tan lentas de la tarde.

El mundo aparece, desde mi ventana,

amortajado, muerto,

en pálidos colores y voces sofocadas.

Marcho entonces, errante, por los caminos,

persiguiendo los cuerpos de las mujeres,

imaginándome que esta grupa abandona su sitio y marcha en el vacío

hasta quedar colgado de esta espalda;

o que vuelva en este seno para llegar hasta este talle

—el cosmos reconstruyo—.

No pasa mucho tiempo sin que se extiendan las alas de la sombra,

y entonces, las imágenes se me agolpan en los ojos,

se aproximan y pegan ellas los cuerpos,

se confunden, se abrazan,

fundidas se precipitan por el confín cerrado.

Mas de sombríos rincones alejados aparecen más bloques,

redondeados, rotos, cuerpo a cuerpo,

en forma de cabezas o de brazos,

de talles o de pies.

Y avanzan hacia mí. Yo temo que me embistan.

Se paran sin embargo, y, sin saber qué hacer,

me vuelvo a mi ventana.

...

Suelo acudir a veces, próxima ya el alba, a una antigua taberna

y me tomo dos copas;

la tercera y la cuarta me la hecho a hurtadillas.

No me contempla nadie.

Yo mismo me presento al tabernero de las sienes teñidas:
me llamo... «el de la vida con dos nombres».

El uno lo conoce mi familia

y el otro mis partidarios y mis amantes.

Él, guiñándome un ojo, con su dedo mojado me señala
a una mujer callada, tirada allá en el fondo de la taberna.

Con piernas temblorosas, me decido a seguirla,
pero nos separamos tras la puerta cerrada.

...

—¿Te sorprendió mi charla?

...

—Has sido muy amable al escucharme.

....

—Sin embargo, no soy distinto a ti.

No soy distinto a ti.

(Trad. Pedro Martínez Montávez)

En este poema el autor nos ubica en el ámbito espacial del café y, en su mayoría, en el ámbito temporal de la noche. Café y noche unidos, por lo tanto, que harán del poeta un ente perdido, solitario. Un ser humano que, en tales escenarios, se sumerge en su propio yo y no encuentra sino un abismo por el que cae. Un ente de doble personalidad, en definitiva y como confiesa, una, realizada en la casa, y otra, precisamente en el café. En el café, donde encuentra, sí, cierta compañía, mas una compañía que tan sólo le escucha, que no le responde. Una compañía que no hace sino recordarle que continúa estando solo.

Veamos ahora el poema del autor libanés:

«Café sobre el mar Muerto» (Muhammad ^cAlí Šams al-Dīn)

—1—

De pie

voy sorbiendo mis días en esta orilla.

Llamo al pez muerto (mis sueños)

y llamo a la ola (mi desesperación).

Siempre que suelto mi rebaño por la pradera de los cielos

llega el lobo parecido a mi sol:

sangrante,

rojo arañado de fuego

y es llevado al trono de las grandes ofrendas.

Alzo mi copa,
portando su imagen bajo mi camisa,
y le invoco
para beber a la salud de la embriaguez suprema de nuestras viejas visiones.

—2—

Heme aquí, solo,
marchando sobre el agua cual dos lobos juntos,
alzando la zarca garra que mide mis heridas.
Se me contrae el espíritu:
cae la arcilla de estrellas.
Después ladro
para que me vengan los delfines del mar.
Lo mismo que el rostro de la ola, no tengo rostro,
ni mano, lo mismo que la isla,
ni la agilidad del viejo capitán.
Tan sólo tengo
este negro,
este insomnio oscuro
y el lobo que lenta,
dificultosamente
desde la calma de la tierra
hacia el mar
marcha,
igual que los terneros,
calmo,
ganando la siembra de los campos,
llevando el pecado original
que hace del viejo lobo zaratán.
Y ¿por qué?
¿Por qué? No sé.
¿Qué es lo que transforma este hablar tan amargo
en algo de rencor?

—3—

Está bien.
Descansen ahora las cimas de las palabras.
Que el morir de los delfines en la roca
y el morir de las focas en sus agujeros
sea lo que fue.
Álcese la ola...,
se desplome,
retorne a la profundidad del mar,
descanse cual pabilo
sobre estos mis dos pies

o arrulle a las ostras...
 Basta la ambigüedad de la ola
 para que yo me golpee la cabeza
 lo mismo que una nave perforada
 por una roca ciega.
 Una nave invadida
 por las aguas del mar.»

(Trad. Rosa-Isabel Martínez Lillo)

Además de todo lo que supone el poema de visión simbólica, lo que nos interesa aquí y ahora es, evidentemente, la relación hombre-café. El café, como vemos, es ámbito de soledad, de tristeza, de cuitas. Y si bien los delfines, elemento siempre positivo, acuden a la llamada del poeta solitario, el poema, todo él, queda imbuido en una bruma general de desesperación, de pesadumbre, de tristeza.

Tristeza que, finalmente, será la constante eterna del espacio del café. Tristeza eterna, del antes, el ahora y el después, como lo sentimos, en fin, a través del breve poema del tunecino Sūf °Abīd:

«El café» (Sūf °Abīd)

Aquellos que aquí se sentaron
 aquellos que aquí se sientan
 cristal
 humo
 palabras
 Mas
 ¿Quién dejará sus huellas
 una vez limpias las mesas?

(Trad. Josefina Veglison)

Nada de lo sucedido en el café, por lo tanto, permanecerá. Las huellas de todos los que en él estuvieron desaparecerán para siempre.

Unas palabras finales

Nada de lo sucedido en el café permanecerá. ¿Nada? A pesar de que el poeta árabe así lo plasme en su poesía creemos que, como complemento más que como contradicción, todo permanecerá. Todo lo que no se inscribe en los límites de lo físico, de lo visible. Todo lo que vivimos en el café Nevín de Ammán, puedes estar segura, Dolores, todo ello permanecerá.